Ponme Otra

Adrià Gil Viñuelas

Ponme otra

Relato corto

Adrià Gil Viñuelas

Capítulo 1

- Caballero, póngame la mejor *pinta* que el ser humano haya podido probar, hoy, un viajero del mundo como yo necesita olvidar.

-¿Olvidar?- Preguntó, extrañado, el camarero.

- ¡Sí! Olvidar un amor, olvidar una desilusión, olvidar una experiencia… en fin, una vida, caballero, de altibajos extremos. Yo, ayer fui poeta, hoy pido comida en la iglesia, mañana Dios sabe donde estaré. Lo que sé, es que ayer:

Ayer era aquellos ojitos que salían de una cloaca, la que husmea la cima. La cima de la vida, de los sueños, yo fui poeta, le repito. Poeta burgués, poeta coloquial, el juglar del amor, el poeta de la calle, el deseo de un vagabundo. ¡Sí, Yo, fui eso y mucho más! De pasar a comer canapés en alguna mansión perdida de los Flich-James Stuart, a comer las deliciosas sobras que dejan los mismos peces gordos a los que traté. El placer de comer está tan subestimado. He cogido enfermedades brutales por comer lo mismo que mi fiel cánido comía, no obstante he visitado el médico por múltiples empachos. He pasado de no verme los pies, a poderme contar las costillas.

¡Sí, amigo! La muerte ya acecha pronto y este loco, pero aún vivaz, quiere olvidar gracias a la ayuda de la incuestionable cerveza, cuyo jugo asesinará a este enamorado de sus sueños para siempre.

- ¿Usted era poeta?

- ¡De los mejores! – exclamó con mucha fuerza - No solo era poeta, llevaba una revista para los mismos, mis ojos, mi percepción y mi retórica eran capaces de cazar a aquel poeta talentoso sin que él se diese cuenta y hacerlo inmortal. No obstante, en lo personal, siempre he sido un bala perdida, esta etapa que te contaré es la etapa más dulce que he podido saborear, la etapa del ascenso, la etapa de la lucha por tus sueños cuando aquellos los tienes tan lejos que el simple hecho de pensar que tienes ese largo camino por recorrer asusta. Así que ¡ponme ya esa *pinta* y recorramos este camino juntos!

Capítulo 2

Dulce fortuna

Aún lo recuerdo como si fuese ayer. A los 11 años murió la figura más grande que he tenido en mi longeva vida, mi padre, en un terrible accidente de moto. Desde aquel entonces mi percepción por este mundo cambió. Una parte de mí murió con él, refugiándome así, en un mundo que me lo ha dado todo en esta vida: la Poesía.

La Poesía me abrió el mundo a nuevos retos, a nuevos sueños; a los 13 años ya había albergado en mi vitrina personal más de 20 trofeos, diplomas, libros… "talento", decían algunos, ¿por adelantar a poetas que me triplicaban la edad? Tal vez sí pero, en mi mente no cabe esa palabra. Yo, no soy "talento". Oí tantas veces esa palabra que llegué a cogerle asco, yo, soy "sentimiento", yo, soy "dolor" pero, en contradicción a todo eso, también soy "amor", también soy "creer" y créeme amigo mío, que sin un sentimiento, sin un dolor que te produce el amor y si no hay credo en tus acciones no hay futuro en tu existencia.

A los 25 años me doctoré como filólogo en lenguas panhispánicas, reconocido nacionalmente como "el poeta de reyes", adopté ese pseudónimo cuando su majestad invitó a este humilde poeta recitar sus versos al palacio de la Zarzuela:

"¡OH! Es el nuevo Lorca", "menudo don tienes", "haces magia cuando tocas la pluma", "sublime, en mi vida había enfatizado tanto con una poesía"… oía eso cada vez que recitaba mis versos ante esa clase social que se maravillaba si tan solo decía "hola". Empecé a adquirir mucho capital y a dedicarme a mis libros, pues los ingresos que tenía por ellos me servían para vivir en este mundo y en otro, si fuese necesario.

Nada se truncaba, allá donde fuere, recibía ovaciones. Allá donde recitaba, me amaban. Allá donde firmaba cualquier ejemplar, la gente lloraba de la emoción. Así fue, pues, mi mundo durante casi bien dos lustros y, afortunadamente mi mundo se endulzó más al conocer a ella.

Elizabeth Richards, una joven estudiante de derecho, de 22 años, aficionada a la poesía, que tuvo la fortuna de estar presente en una de mis presentaciones. Ella, firme y decidida, acudió a mí para desearme buena suerte; algo, aun no puedo explicar cómo sucedió, pues es algo mágico, recorrió por mi cuerpo y ardí en deseos de conocerla, sólo quería saber su nombre y mi pluma deseosa de contar versos haría el resto. Era mi primera musa, ¿un amor imposible? Antes este poeta tenía que saber si me correspondía, pues, la semana siguiente de la presentación por la calle me la encontré, no había cambiado nada, solo su vestimenta. ¿Casualidad? ¿Suerte? No sabría responder, lo único que sé es que

nuestros caminos se cruzaron de nuevo, que tenía delante a mi musa, la que llenó una semana de más de 30 páginas de poesía, letras que ella misma tenía guardadas en cada curva de su cuerpo, en cada uno de sus gestos. Versos que soltaba con una mirada, con un saludo, con un posible beso…

En ese momento este hombre de versos decidió ser atrevido y quise invitarla a cenar. Astutamente se negó, pues aun así yo era un desconocido y la diferencia de edad asustaba. No obstante, y desde aquel momento, nos telefoneábamos día y noche. Sólo conseguí su número pero, el lujo de oír su voz cada día resultó mágico para mi mente, para mis sentimientos, para mi corazón.

Al mes después de conocerla, por fin me permitió invitarla a cenar. Se vistió bellísima, una muda preciosa, un vestido que enamoraba cualquier ojo y ese día este poeta cayó a sus pies, invitándola pues, a formar parte de mi vida, pues ya estaba harto de que formase parte de mis sueños.

Poco a poco, mi musa se convirtió en mi mujer, y más adelante en la madre de mi único hijo. Prosiguió pues, mi etapa hegemónica, los momentos en los que este poeta puede definir como dulces, mágicos. Era la dulce fortuna, amigo. Creí que nunca terminaría este espiral de amor, esta ruleta de la felicidad, pero no obstante, el mundo está lleno de azar y de altibajos. Todo lo que sube tiende a bajar querido compañero de barra y, en este caso no fue la excepción.

Ponme otra.

Capítulo 3

Amargo declive

Aquí tiene caballero – Dijo el camarero, mientras le servía la pinta.

Pues, como iba diciendo este loco: ¿has conocido alguna vez a una mujer que te pareciese hermosa incluso cuando está tachando a tu familia y a tu madre de meretrices mientras discutís ardidamente?

No, señor.

Deberías, amigo, es un sentimiento mágico, pues este ebrio caminante es un loco enamorado y por ella, ¡ay por ella! Di mi vida, di todo lo que mi cuerpo podía entregar a otro ser humano:

Eran tiempos difíciles, la popularidad de este juglar cada día se expiraba más, pues la juventud no es gran amiga de la lectura y la clase burguesa, por mucho poder que los mismos tengan, también tienen la mala costumbre de morir. Ella no encontraba trabajo, nuestro pequeño empezó a pedirnos más comida, más material, y este amargado escritor perdió la pluma, derramó la tinta, entró en un estado de demencia. Perdí a él, perdí a ella. Por una mala racha, por culpa de mi pluma rota, del papel en blanco, por culpa mía perdí lo más grande que este difamador de poesía ha podido tener en su existencia, ella.

No volvió, un papel llamado orden de alejamiento no me permitía estar ni a diez escasos metros de ella.

Ella me dijo adiós, y él aun no era capaz de decirme hola, de decirme papá. La montaña rusa empezó a tocar hondo, las ruedas de los carriles iban cada vez más rápido, no supe frenar por mi cuenta, y este poeta cayó en una muy honda piscina. Nadaba en éxtasi, y solo sacaba la cabeza para respirar marihuana. En aquella época escribía con jeringas, mientras mi pluma, abandonada por el dolor, llamaba a mi corazón con una voz fina, una voz… sorda.

Mis bienes materiales fueron sustraídos por un papel, ese papel que la gente corriente le llama embargo y que un poeta acabado no tiene otra palabra mejor que definir ese papel como una putada.

Mi dolor sólo lo podía ocultar nadando en la piscina, respirando su aire, escribiendo dentro de esa balsa, cada vez más profunda, ahogándome en ella, olvidando aquella vida en la que mi musa completaba todo por lo que peleé. Si señora Richards no estaba, ¿por qué un poeta dependiente tendría que estar? Soy un lastre para la sociedad, soy un gasto más para este estado, pues estoy enfermo, querido compañero. No tengo casa, no

tengo bienes materiales, cada día duermo en un techo distinto, y a veces no tengo techo para dormir. Este poeta vagabundo, ayer sacaba dinero de una cartilla, hoy saco monedas de debajo de las expendedoras de refrescos o del suelo, incluso a veces rebajándome a pedir limosna o pedir una miga de ese pan recién horneado que ayer menospreciaba, ese empaquetado de embutidos que ayer compraba centenares de ellos, ahora disfruto del fiambre, cinco años después de la muerte del animal.

Este difamador, este juglar, enamorado del arte, del mundo… perdió sus ganas de vivir, pues la balsa se vació, no tenía dinero para mantener mi piscina, ni respirar el aire del húmedo estanque y, drásticamente me quitaron la jeringa en la que escribía mi vida en ese momento. Un señor que no conocía, me acompañó al hospital. Él dijo que me encontró lleno de heridas, moratones y huesos rotos. Yo no tenía energías para decir que ese mismo hombre me había propinado tal paliza que solamente un milagro fue capaz de salvarme.

Un poeta salió del hospital, nadie vino a verme. Me sacaron del recinto cual amo abandona a su cánido. Únicamente estaba pendiente de buscar otra piscina, lo que no supe en ese instante es que la piscina era muy cara, y que dejé los ahorros de mi vida en respirar sus aires y bucear en sus oscuras aguas, cada vez más profundas, más interminables, más atractivas.

Mi mente se fugó de mi cuerpo y sólo era masa. Anduve día y noche, acompañado de un carro de la compra con las pocas pertenencias que este poeta pudo rescatar, una lata de aceitunas que daba cobijo a una familia de arañas. Cubos y más cubos con mantas y edredones que encontraba en los contenedores y que calentó las noches más frías de los inviernos más duros que este enamorado del arte ha tenido que sufrir. El carro estaba lleno y era difícil de llevar, mas me temo que pesaba el doble la carga que supuso en la vida de este artista perder tan drásticamente todo lo que había ganado. Anduve y seguí andando, sin ningún lugar fijo, sin horizontes, sin una meta. Mi pluma se quemó por completo, este poeta ardió su único método de escritura, ardió la pluma, ardió mi mente, ardió mi cuerpo, ardieron mis esperanzas y el viento, cargado y frío, se llevo mis cenizas, a un horizonte desierto, muerto, sin esperanzas, sin deseos, sin amor, sin palabras para describir qué camino me deparará ni siquiera si mis piernas aguantarán más quilómetros.

El viento siguió su camino, mis cenizas lo acompañaban, brisa tras brisa este poeta llegó a sitios que en su vida pisó: una iglesia, para pedir asilo; un banco, donde dormir; un supermercado, al que pedir cartones. Cada acción que este amante de la poesía realizaba suponía un riesgo para mi vida, me creía muerto en cada calle que pisaba, saludé a San Pedro tantas veces que el día que muera de verdad seremos íntimos.

Amigo mío, yo era un vagabundo, un desecho social, en aquel momento no lo tenía asumido, pues mi mente estaba chocada por tales desgracias, mi búsqueda interminable por encontrar una piscina donde nadar hacía que solo anduviera quilómetros y más quilómetros y que las cenizas de todo mi cuerpo, mi mente y mi espíritu se expandiesen por todo el mundo.

Ponme otra.

Capítulo 4

Reencuentro

¡Qué buena está! Esta cerveza me hace volver al auténtico sabor de la malta, esta en especial, como un reencuentro con la esencia, con tu existencia. Casualmente en aquel momento este demente, después de andar quilómetros y más quilómetros, se sentó para descansar, aparentemente para siempre pero, en cuestión de segundos mi mente volvió a mi cuerpo. En mi lecho de muerte este poeta solo necesitaba volver a agarrar una pluma. Renací, renació el mito, solo quería narrar mis vivencias en forma de poesía, pues recordé el paso por la piscina: los largos que tuve que hacer para salir, el aire que la rodeaba y el desenlace que por suerte evité.

Cosas del destino, tal vez, encontré en el suelo un trozo de papel sucio, cogí mi pluma, siempre a mi lado como un fiel corcel, y escribí mis primeros versos después de años andando por las penurias y visitando las puertas del infierno en cada descanso, en cada siesta, en cada salto a la piscina.

Empezó pues, mi reencuentro con el yo poeta, pero no sirvió de nada. Aprendí que no necesitaba dinero, pues no quería seguir vendiendo mi arte a personas que lo despreciaron tan rápidamente. El reencuentro con la esencia sirvió a este amante de la vida a quitar el tapón del pote de dinero que en el trayecto fui acumulando para ir a dormir a un hostal, lavarme para tener una imagen aceptable y encontrar otra oportunidad, un empleo, pelear siendo un pez que nada en una pecera de tiburones. Quería aspirar alto otra vez, pero no de la forma que anteriormente usé, pues me volvió loco.

Empecé a escribir versos a vagabundos como yo, a regalarlos, únicamente para su bienestar, publiqué mi trigésimo libro de poesía y, amigo mío, fue un éxito: en ventas, en promoción, en expansión, en valoraciones… oía la pluma, por fin, y después de tantos años sin escucharnos, hablábamos el mismo idioma. Pensé por un momento volver a invertir el dinero en la felicidad de este juglar pero, no es menester, toda esta supervivencia que este poeta tuvo que afrontar en aquella etapa se la debo a aquellas personas que hoy en día, amigo mío, pasan hambre, pasan frío y que, por encima de sus vidas mismas, fueron capaces de ayudarme en cada resbalón, en cada golpe, en cada momento que pasaba hambre ellos compartían su pequeño trozo de pan florido que encontraban en los contenedores orgánicos; agradecía cada trozo de piel de pollo o de naranja, cualquier prenda de ropa cálida, cualquier manta o cartón donde reposar este cuerpo cansado de tanto andar.

Regalé mis beneficios, querido compañero de barra, a aquellos individuos que realmente lo necesitan, con el poder que se me concedió en esta etapa ayudé a múltiples personas a salir de la piscina donde se estaban ahogando, a cambiar un cartón, por una cama, un banco, por una casa, un contenedor, por una nevera, una muerte, por una vida.

Sólo este amante de la vida era feliz así, pues ellos fueron mi musa, mi motivo a luchar. He vivido en un mundo burgués, por encima de mis necesidades básicas y no tengo un buen recuerdo, este es mi mundo, amigo, el mundo de las ideas, quizás no compartamos el mismo pero te aseguro que algún día le darás la razón a este loco, algún día te sentarás frente un espejo y pensarás qué has hecho por ti mismo que haya podido beneficiar única y exclusivamente a tú crecimiento personal. ¿Cuánto hace que no ríes de verdad? ¿Cuánto hace que no lloras por amor, por ilusiones o por lograr un pequeño sueño? ¿Cuánto hace que no sueñas?

¿Quieres saber a donde quiero llegar? La única esencia de este mundo es tu propia realización, ser feliz con tus actos muy a pesar de lo que tu alrededor te recrimine, pues este poeta solo cree que el recorrido de la búsqueda de la felicidad la recorremos nosotros y con nuestros actos propios y voluntarios. Sólo así, amigo, sólo así. Lucha, ama, sueña, grite, ríe, llora… ¡pero sé tú mismo! Que no te pisen, pero tampoco pises, que no te discriminen por tus conocimientos o tu aspecto. Las barreras de la ignorancia únicamente pueden romperse con el fuerte acero que crea el amor propio, pues el amor, querido compañero, rompe muros, aplana peldaños y logra sueños. Por favor te pido que los persigas a muerte, no te estanques si no es para encontrar una solución. Sé que vales mucho, pues como persona respetuosa que eres mereces segundas oportunidades y mereces vivir de tus sueños, no de los sueños de otros.

Aquí tienes el dinero de las pintas, he de irme, quédate con las vueltas. Un placer conversar contigo, sé que no te volveré a ver, pues este bar se te hará pequeño, ya lo verás, Adiós.

El placer es mío, señor. – Dijo el camarero, atónito.

Capítulo 5

Reflexión

Así fue como sucedieron los 10 minutos más intensos de mi vida, como la misma marcó un antes y un después al haber escuchado sus vivencias.

Me generó muchas dudas, ya que no supe jamás si fue cierta su experiencia y, ni siquiera supe su nombre. Sólo sabía, y con eso fue suficiente, que la vida me envió a este hombre para encarrilar mis sueños y mis metas, pues gracias a él peleé por lo que quería ser.

Hoy, haciendo veinte años de lo sucedido en aquel bar, le sigo recordando, con nostalgia. No me cuestiono dónde estará, ni que estará haciendo, pues son preguntas en las que ya sé su respuesta.

Actualmente soy periodista, soy padre de dos hijas preciosas y marido de una mujer maravillosa, antes de conocerlo no sabía ni lo que era un sueño, ni una meta y mucho menos una mujer. Gracias a esos diez minutos de atención renació mi nuevo yo, renació otro amante de la vida, otro juglar, otro loco enamorado, en fin, otro soñador.

Hoy sueño porque puedo cumplirlos. Nunca le olvidaré, allí donde esté quiero que sepa que él sólo me contó su vida y su manera de ver las cosas pero, para mí fue un golpe de estado a mi vida en ese momento. Era un niño de dieciocho años sin ganas de labrar mi futuro, él un cincuentón demente, soñador, pero puede que sea el único en este mundo que sepa la autentica definición del sentimiento llamado: Amor.

Jamás creí que servirle tres cervezas a un desconocido me fuera a ir tan bien.

FIN.

Capítulo 6

Epílogo del autor

Como la gran mayoría de españoles, estoy pasando por un momento realmente angustioso. He vivido un momento realmente inhumando y que tendría que ser castigado penalmente a quien lo practicase, un desahucio.

Quiero dedicar este cortísimo relato a todas aquellas personas que están día tras día luchando por un trozo de pan, aquellos que no pueden expresarse porque no son capaces de hacerlo por la falta de recursos que ellos tienen. A todos aquellos que perdieron sus aspiraciones por un sistema capitalista que nos come cada día, esta clase social en la que todos pertenecemos y que cada momento que pasa los peces gordos de arriba nos quitan las oportunidades a los jóvenes que queremos soñar en grande.

Quiero que todos entendáis el mensaje que quiero transmitir con este relato. Pase lo que pase hay que ser fuertes. La vida está hecha de un modo para que aprendamos a encajar los golpes de la misma, pero ésta no nos puede destruir, sino fortalecer. Somos el reflejo de nuestros actos y, hoy en día más que nunca, necesitamos reflejos que brillen hasta la prosperidad.

Muchas gracias.

Adrià Gil Viñuelas